

á Norogáchic, pues advertí en cierto lugar un sendero de los indios que ascendía por una loma, al parecer de toba volcánica, en el que, para facilitar la subida, se habían formado, en una extensión de doscientos pies, unos escalones, ahora ya gastados y viejos. Seguí mi camino entre los ranchos indios hacia Norogáchic, residencia del único sacerdote que vive ahora en la región de los tarahumares. El nombre del lugar contiene una alusión á cierta roca de las cercanías. Hay otro sacerdote que presta alguna atención á los tarahumares, pero vive en Nonoava, y sólo les hace visitas anuales para bautizar á los niños ó casar á los adultos que desean las bendiciones de la iglesia.

CAPÍTULO XI

UN SACERDOTE Y SU FAMILIA NOS HACEN AGRADABLE EL DESIERTO—RELIQUIAS ANTIGUAS SEMEJANTES Á LAS VISTAS EN SONORA—EL CLIMA DE LA SIERRA—FLORA Y FAUNA—AGRICULTURA TARAHUMAR—CEREMONIAS PARA LAS SIEMBRAS DEL MAÍZ—DESMEJORAMIENTO DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS—PERROS INDÍGENAS DE MÉXICO.

FUI á visitar al padre, y lo encontré persona muy sociable, de buena presencia y enérgica complexión, con algo de sangre india en las venas.

Quejóse conmigo de la desidia de los naturales para asistir á misa; de que ninguno pagaba diezmos, ni había medio de obligarlos á ello.

Á casi todos los consideraba gentiles, y apenas acudía á las fiestas un millar de nativos. Llegan al pueblo la víspera por la tarde, y después de asistir á maitines, se entregan á beber, lo que hace que el verdadero día de la fiesta no se hallen en condiciones de ir al templo.



Roca esculpida cerca de Norogáchic.

Cree que hay entre los tarahumares algunos de gran talento, pero que, como no cultivan sus facultades mentales,

puede decirse que son diamantes en bruto. En opinión del padre, no solamente los indios, sino aun los mexicanos que viven con éstos, pronto volverán á caer en la idolatría.

En las condiciones que guarda, es una fortuna para aquel sacerdote el que su físico se preste para contrarrestar cualquiera emergencia. Amonestaba una vez á los habitantes del pueblo vecino de Tonachic ("donde hay pilares"), en un vigoroso sermón, á corregir sus costumbres. Al ir saliendo de la iglesia, un bergante que se dio por aludido, lo embistió con un palo, pero el padre logró desarmarlo y propinó á su asaltante, con su propia arma, tal zarabanda de golpes que lo hizo guardar cama por quince días.

Me enseñó su imponente iglesia de adobe, construída en la época de los misioneros. El techo de ella estaba infestado de millares de murciélagos, cuyo olor era tan insoportable, que me alegré de que saliéramos. Con él vivían en aquel apartadísimo rincón de la cristiandad, su anciana madre y seis hermanas que nos trataron con toda la hospitalidad que les permitían sus escasos medios, y fueron especialmente de nuestro gusto los macarrones con que nos regalaban.

Hallábase con la familia del buen sacerdote una indita huérfana, de cinco años de edad, niña en extremo dulce y simpática á quien enseñaba aquél á leer y á escribir, y que había aprendido las letras en dos meses.

El padre, con su natural oficiosidad, me ayudó á conseguir indios que se dejasen fotografiar, y aun insistía en colocármelos frente á la cámara. Sus esfuerzos, sin embargo, tendían más bien á lograr el triunfo artístico que la verdad científica, queriendo, por ejemplo, adornar á los indios con plumas de pavo real. Con todo, cedió á mi sugestión de que serían más á propósito las plumas de guajolote, y al punto mandó coger uno de los que tenía en casa para arrancarle algunas de la cola. La única muestra de aprecio con que me era posible corresponder la desinteresada

bondad de aquella familia, fue fotografiarlos también, lo cual constituía una nueva sensación para ellos. Al hacerles mi oferta me pidieron las señoras que lo dejásemos para el día siguiente, á fin de arreglarse el pelo y vestirse convenientemente.

Tocó en seguida su turno de ponerse guapo al presidente municipal del pueblo, pero en esa vez ocurrió un accidente con la cámara: rompióse el anillo que sujeta la lente, y se cayó. Este percance, ocurrido á tantas millas lejos de la civilización, era bastante serio; pero las hermanas se mostraron á la altura de la situación. Gracias á que su padre había sido hojalatero, entendían el oficio y tenían los útiles necesarios; de suerte que pronto quedó soldado el anillo, y tan bien, que duró pegado hasta el año siguiente que regresé á los Estados Unidos.

Norogáchic está situado en la parte más populosa de la región de los tarahumares, y su presidente ejerce su autoridad sobre todo el extenso distrito del alrededor. Díjome que su municipalidad contaba con 4.168 almas, entre las cuales había 300 mexicanos. Con ayuda de un mexicano muy inteligente, hice un cálculo aproximado del número de indios pertenecientes á Tonachic y Guachóchic, vecinos de Norogáchic, estimando que habría en los primeros 350 familias, y 250 en el último. Considerando cada familia compuesta de ocho miembros, se tendría una población de 4.800 almas. De suerte que la parte más populosa de la región



Niña tarahumar de cerca de Norogáchic.

tarahumar, incluso las tres municipalidades de Norogáchic, Tonachic y Guachóhchic, contendría una población aproximada de 8.500 indios.

Como el presidente municipal de Norogáchic es hombre honrado y habla la lengua nativa, ejerce gran influencia sobre ellos, y cierta vez que se habían reunido en gran número y amenazaban vengarse de un abuso, pudo impedir el desastre; pero lo que más le favorecía probablemente en opinión de los indios eran los ojos inyectados de sangre con que la naturaleza lo había dotado, por ser rasgo generalmente considerado como propio de los poderosos hechiceros.

Llevónos un día á la cumbre de una colina donde había, dispuestas en círculos, algunas piedras que sobresalían del suelo como pie y medio, que nos recordaron otras que habíamos visto en Sonora colocadas en disposición semejante, pero ninguna tan grande ni de carácter tan primitivo. Había por todo nueve círculos cuyo diámetro variaba desde nueve á trece pies. Uno de ellos, sin embargo, medía únicamente cinco pies de ancho, y las piedras que lo formaban sobresalían dos pies. Junto á él había otro círculo igualmente reducido, y otro más á corta distancia. En una pequeña meseta encontré una punta de flecha de obsidiana, y había también algunos tiestos de ollas, pero de la misma clase de las que actualmente usa aquel pueblo.

Los naturales cuentan, con toda exactitud, sólo tres estaciones: la seca, la lluviosa y el invierno. La primera dura de marzo á junio, y es muy cálida y ventosa. Entre julio y agosto se tienen por lo general como seguros los aguaceros y tormentas, pero las mañanas son brillantes. Rara vez se extienden las lluvias sobre amplio territorio, sino que son aguaceros locales, lo que de continuo causa desazones á los agricultores al mirar deshacerse en ráfagas de viento los negros nubarrones que parecían acercarse saturados de agua. La cresta de una montaña puede hacer que las nubes cambien de curso, y mientras en un valle está diluviando, á

no lejana distancia se halla toda la vegetación tostada por el calor. En setiembre y octubre son más constantes las lluvias y duran más ó menos una semana.

Á principios de las aguas (en julio y agosto) llegan las lluvias del suroeste, pero después son acarreadas también por los vientos del noreste. En invierno soplan constantemente los aires de sureste á norte y son bastante molestos mientras uno no se ha hecho á ellos. Tampoco es rara la nieve, y ha habido indios que queden muertos en ella cuando los sorprende borrachos alguna helada.

El clima de la sierra, aunque no tan agradable, debido



Roca esculpida cerca de Norogáchic.

á los continuos vientos, es en extremo salubre, no excediendo nunca el calor de 97° F., al par que las noches son deliciosamente frescas. No se conocen allí las enfermedades pulmonares. Habiéndole preguntado á un doctor americano, largo tiempo establecido en Guadalupe y Calvo, su opinión respecto á la salud de la gente, me contestó: "Aquí en la sierra todos son desgraciadamente sanos, pues no se produce ninguna enfermedad, no obstante no tenerse precauciones sanitarias de ningún género con los cementerios, ni con los albañales, ni con una curtiduría que está á la orilla del río. Cuando hace años llegó el cólera á las montañas, no mató á

nadie, y los enfermos se curaban tomando sencillamente un baño del modo que acostumbran." Sin embargo, en la parte baja de las barrancas, donde á menudo es excesivo el calor, el clima está lejos de ser sano, y he visto, aun á indios, enfermos de fiebre y de intermitentes, que generalmente contraen durante las aguas.

Entre ambos extremos, en las faldas de la sierra, hacia la tierra caliente, á una elevación de 5.000 pies, encontré el clima más delicioso que he conocido: una primavera al parecer eterna, el aire puro, y la temperatura notablemente igual. Cuéntase que una mexicana, hallándose en aquella parte del país, rompió su termómetro creyéndolo descompuesto porque el mercurio nunca se movía. La placidez del tiempo me llamó especialmente la atención cierta vez, después de una prolongada estancia en el reconfortante, pero airoso clima de la sierra. Me había resfriado la noche anterior y no me sentía muy bien á medida que, montado en mi mula, bajaba la pendiente de la montaña; pero el sueño y aquel aire deliciosamente embalsamado pronto me pusieron bien. Jugeteaba en ocasiones á nuestro alrededor un grato cefirillo que cesaba invariablemente á la hora de ponerse el sol. La noche era encantadoramente serena, el tiempo enfriaba ligeramente por la mañana, y nada me perturbaba mientras dormía bajo una corpulenta higuera, á no ser los mordiscos de higos que las multitudes de murciélagos alojados en sus ramas arrojaban á veces, pues se entregaban por la noche á comer la fruta con el mismo apetito con que nosotros lo hacíamos por la tarde.

Al atravesar los pinares de las altiplanicies, nada encuentra el viajero que le advierta que está en latitudes meridionales, á no ser tal cual agave nacido entre las rocas y los caprichosos cactus que, no obstante ser tan característicos de la vegetación mexicana, son relativamente escasos en lo alto de la sierra. El cacto que aparece de cuando en cuando, y que se encuentra á menudo plantado junto á las habita-



Mañana de invierno en la Sierra.